

# Entrevista a Antonio Negri

**Giulia Colaizzi**  
Giuliana.Colaizzi@uv.es

*Nota bene.* Esta entrevista fue realizada el 15 de noviembre de 2015 con ocasión de la visita de Antonio Negri a la Universidad de Valencia. Conviene aclararlo para entender su reflexión sobre los atentados de París, cometidos por fundamentalistas islámicos el 13 de noviembre de 2015. Murieron 137 personas y fueron heridas otras 415. Por motivos editoriales no ha sido posible su publicación hasta ahora, pero pensamos que los análisis de Antonio Negri mantienen plena vigencia e interés a pesar del tiempo trascurrido.

**Antonio Negri** (Padua 1933) participó en la creación del grupo político Potere Operaio en 1969. Fue acusado de pertenecer al grupo Brigadas Rojas y de la autoría intelectual del asesinato del primer ministro italiano Aldo Moro. Después de cuatro años y medio en la cárcel sin juicio fue elegido diputado, salió de la cárcel en 1983 y huyó a Francia, donde se convirtió en profesor en la Universidad de Vincennes y en el Collège International de Philosophie.

Después de una dedicación inicial al estudio de Hegel y Marx, pero también de Dilthey y Max Weber, en contacto con Deleuze profundiza en una fundamentación ontológica de la política marxista en una nueva lectura de Spinoza, en sustitución de la dialéctica hegeliana. Desde la ontología en *La anomalía salvaje* hasta la política en *Imperio*, pasando por una reflexión sobre el sufrimiento personal en *Job: la fuerza del esclavo*, entre otras muchas obras, lleva a cabo una reflexión sobre la filosofía del sujeto y de la praxis que elabora la perspectiva de una razón colectiva, como condición de posibilidad de un diagnóstico válido para nuestro tiempo y de la posibilidad de configurarlo mediante la acción política. Tal vez su obra más leída sea *Imperio*, escrita en colaboración con Michael Hardt.

GIULIA COLAIZZI. Es inevitable, hoy, hablar de lo que sucedió hace dos días en París. Hollande declaró ayer que «Francia será implacable», que lo que ha ocurrido es un «acto de guerra» y declaró el estado de excepción; *Le Figaro* escribe en primera página, en letras grandes: «La guerre en plain Paris». Mariano Rajoy –no sorprende– ha declarado que se trata de la civilización contra la barbarie, y Artur Mas, en Cataluña, que no es una guerra de civilizaciones o religiones, sino una lucha entre el bien y el mal. Este ataque parece efectivamente confirmar que vivimos en un imperio, basado en la crisis, –que produce crisis–, y en un estado de guerra permanente en su interior; un sistema que regula conflictos mediante la guerra (estado policial, guerra al terrorismo, funcional para la eliminación de los derechos, que instaura un régimen de terror). A la luz de estos últimos, trágicos sucesos, ¿cómo interpretas las condiciones de la actual biopolítica?

ANTONIO NEGRI: Creo que nos hallamos en una fase crucial, porque el orden poscolonial se ha quebrado del todo y sobre este orden se han extremado los ejes culturales del desarrollo o de la crisis. Todo eso se ha acentuado al máximo por la crisis económica, por los intentos de reequilibrio que el capitalismo inútilmente hace sobre sí mismo, porque ya se ha aceptado la crisis como instrumento de control y, paradójicamente, de desarrollo. Por tanto, la situación es verdaderamente muy grave, una situación en que se tiene una única y gran posibilidad, la de que no se convierta en un nuevo Sarajevo: como un inicio, el principio, de una guerra mundial. Esta gran posibilidad no depende obviamente de Occidente, sino de los equilibrios de fuerza imperial. Los EE. UU. ya no pueden mantener el control mundial; se apoyan, afortunadamente, en Rusia y en China y, paradójicamente, mantienen la paz. Observando las cosas con mucho realismo, realismo político, puede decirse con acierto que el conjunto del sistema imperial está en crisis, una crisis que no se dirige aún hacia una guerra abierta, porque existe un cierto equilibrio –parcial o, de todos modos, pasajero– entre las grandes fuerzas mundiales. Por lo demás, hasta hace muy poco, más que al ISIS miraba con preocupación a todo lo que estaba ocurriendo en Ucrania, que es el otro polo grande, no ya solamente de ocupación, sino de guerra abierta, continua; del mismo modo como observo con preocupación la crisis de Europa. Son todos fenómenos vinculados a esta fase de desmoronamiento de los grandes equilibrios imperiales, en que o se ponen de acuerdo o habrá guerra. El atentado de París evidentemente es de una enorme gravedad, porque desequilibra a los países, como pasa ahora en Francia. Francia es, a pesar de todo, uno de los países más civilizados de Europa; aunque es necesario admitir que, a diez años de las grandes revoluciones de las *banlieues*, no ha conseguido en todo ese tiempo asimilar lo que había sido la propuesta política que, aun de manera muy brutal, había surgido de las *banlieues*. Por tanto, no ha conseguido restablecer unos equilibrios interiores decentes en el país. A pesar de eso, es un país todavía muy abierto –esta es mi opinión– a la diversidad, a las diferencias. Sin duda se mueve basándose en intereses económicos, pero no más que cualquier otro país. En fin, tengo que admitir que, si miramos a la Europa germano-francesa, Francia, a pesar de todo, sigue teniendo cierto equilibrio; es este equilibrio el que ha evitado que acabara en catástrofe la crisis griega, y que quizá permita subsistir al gobierno portugués, y quizás permita también crear un gobierno de izquierdas en España, si eso fuera posible finalmente. Pero todo esto sucede en una situación completamente abierta, una situación en que no hay esperanza, en este momento, que desde dentro de Europa emerja una fuerza capaz de solucionar esta serie de problemas, porque los problemas ya se han movido de modo decisivo en un cuadro imperial.

Has apoyado, creando polémica, el «sí» a la Constitución Europea (*Tratado por el que se establece una Constitución para Europa*); la tesis, en *Europa y el Imperio*, es que las fuerzas europeas más vivas quieren proponer un modelo económico y político de democracia creciente a nivel mundial como parte del proceso para la conquista de la libertad. ¿Como ves ahora la situación, después de lo que ocurrió en Grecia (referéndum promovido por Syriza, reacción del FMI, dimisión de Varoufakis, la *rendición* de Tsipras), el *trato* de los europeos a los refugiados (en Hungría, Croacia, las dificultades de Merkel hoy en día en Alemania, en su mismo partido por su posición respecto a los refugiados). ¿Es posible pensar todavía, en este contexto, en una Europa en que todo es posible, proponer un proyecto de democracia creciente?

Para contestar a esa pregunta me remito, si quieres, a aquella que fue la gran esperanza de los primeros diez años del siglo: que Europa pudiera construirse de modo unitario y, por decirlo de alguna manera, fundamentalmente a la izquierda, en una extensión de la esfera de los derechos. Todo eso pienso que ya ha llegado al final. Yo sigo sosteniendo este tipo de hipótesis contra los que me parecen –lo digo muy sinceramente– unos extremistas, o retrasados, los del «plan B». Porque sin Europa se vuelve a una situación de pequeños países, es decir, en la práctica, a unos trocitos de papel o de paja en el gran mar global. No hay alternativa, especialmente para países que no son centrales como Alemania o Francia; o se quiere o se soporta, no hay otro camino. Por otra parte, creo que Varoufakis y los más inteligentes de los actuales partidarios de la que se llama *línea B*, se dan cuenta perfectamente de ello. A menos que no se encuentren un poco en la posición de Lafontaine en Alemania, que es el jefe de los políticos socialdemócratas, que es antieuropeo porque es pro-Alemania; hay que poner mucho cuidado con la posición antieuropea, porque muy a menudo el polo de la izquierda se enlaza con la derecha nacionalista. Soberanía y nacionalismo van a menudo juntos y eso construye un horizonte aún peor que el actual. Por tanto, ningún entusiasmo por la situación actual, ninguna confianza en las que son las fuerzas actuales para la reconstrucción de Europa, pero máximo cuidado con que no se fijen a nivel europeo alianzas entre derecha e izquierda que no pueden tener otro futuro que el aislamiento, la miseria; al mismo tiempo, lucha, obviamente, para la construcción de una izquierda que tenga la capacidad de decir «igualdad, libertad y unidad europea». Justamente como la izquierda ha jugado a veces en la construcción de la nación, hoy necesitamos una izquierda que juegue en el terreno del federalismo; más habría que jugar no para una alianza con la burguesía clásica, sino con la fuerza de las nuevas multitudes intelectuales y cognitivas que exigen estar presentes en este proceso. Creo que, desde este punto de vista, tanto Syriza como Podemos tienen posiciones muy similares: se trata de una concepción de Europa que permite el desarrollo de los que son los movimientos en el proceso de su afirmación. Por lo tanto, la única alternativa a Europa es todavía una Eu-

ropa de izquierda, aunque hablar de «izquierda» es, como de costumbre, utilizar una expresión un poco quemada, poco caracterizante; habría que hablar de una Europa de la igualdad, de las libertades, una Europa multitudinaria.

Mientras nos invitas a pensar, mientras propones el proyecto de la multitud (que «exige una sociedad abierta e inclusiva», aunque es cierto que a la vez plantea el riesgo de un «apartheid global»), se habla cada vez más de posdemocracia. Saskia Sassen en su libro de 2014 (*Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*, 2015) habla de la crisis como lógica sistémica y afirma que las recientes dislocaciones socioeconómicas deben considerarse como «expulsiones» (fuerte crecimiento del número de personas expulsadas del orden social y económico central, de economía en contracción/expulsión en expansión). Se trata de una lógica cuyas consecuencias son devastadoras también para los que piensan que no son vulnerables. ¿Qué piensas del concepto de *posdemocracia* que algunos proponen (con alarma y gran preocupación)? ¿Estamos realmente en posdemocracia?

La crisis del sistema representativo es una crisis que se remonta a los años ochenta, ha sido la forma de la crisis definitiva de los grandes partidos de masa contruidos en la alternativa de la guerra fría, la alternativa derecha-izquierda. Prácticamente es una crisis radical del sistema representativo que se ha hecho cada vez más un sistema de grupos de presión, de negocios, vinculado con las grandes corrientes mundiales del comercio y con la división internacional del trabajo. Desde este punto de vista, de la posdemocracia –si alguna vez ha existido la democracia– habría que hablar por lo menos desde finales de la gran ola democrática de luchas salariales, obreras: desde finales de 1968, cuando se dio la explosión de una gran hambre de democracia y la imposición, por parte de las fuerzas sociales, de un desarrollo participativo tanto desde el punto de vista salarial, como desde el punto de vista de los derechos. Basta pensar en lo que ha sido el movimiento feminista a partir de aquellos años para comprender inmediatamente cuándo terminó la democracia de tipo occidental: termina cuando se agota aquel empuje, porque las clases dirigentes evidentemente no sienten ningún interés hacia algo tan banal, la distribución de los beneficios del producto nacional bruto en beneficio de una población –hablando en términos foucaultianos– que obviamente exige cada vez más; porque desea vivir bien, porque desea vivir feliz. El capitalismo es incapaz de responder a la demanda de felicidad, responde simplemente a unas medidas que son las del crecimiento, de los beneficios. Este provecho ni siquiera sirve para el desarrollo, porque se detiene en cierto momento en unos límites que son los del miedo, los de la búsqueda de la seguridad. El provecho se convierte en mero rendimiento, el capitalismo se transforma cada vez más en un capitalismo *rentista* como el de hoy: un capitalismo que no logra

ni siquiera invertir los beneficios y que se entrega al capital financiero, en la realidad, para determinar un círculo continuo de seguridad para su propia existencia, para su propia consistencia. Esta es la crisis posdemocrática; es el impedimento para que las instancias de igualdad, de libertad, estén presentes en el sistema político. Eso Saskia lo sabe desde siempre, y hemos hablado de ello muchas veces. El problema es que ahora la situación se ha gangrenado alrededor de lo que es una dificultad teórica. Tiene razón Saskia cuando afirma que lo que aumentará es esencialmente la exclusión. ¿Una exclusión de qué? En efecto, una exclusión de la distribución, porque los límites en que la redistribución del desarrollo podía darse, se han tocado, y hoy la clase capitalista puede reproducirse solo excluyendo. Es el final radical del keynesianismo, es el triunfo del liberalismo, de una sociedad dividida al máximo frente a la cual debemos volver a valorar también la guerra, porque está claro que en este contexto las tensiones pueden estallar también en términos de guerra.

La lógica de los acontecimientos, a pequeña y gran escala, con enormes masas de población cada vez más empobrecidas, y una élite minúscula cada vez más rica, parece demostrar la tesis de Marx según la cual el progresivo y radical empobrecimiento de la clase trabajadora llevaría a la crisis final –«crisis terminal» afirma Slavoj Žižek– del capitalismo y a la rearticulación de las relaciones de producción. ¿Compartes esta idea?

Soy muy escéptico respecto al catastrofismo. De una cosa estoy completamente convencido, y es de que el capitalismo está en crisis –una crisis muy profunda– y que el capitalismo llegará a una rendición de cuentas respecto al ritmo de la civilización. No sé si esta rendición de cuentas será necesariamente en términos bélicos; es algo que me asusta mucho. Quien no ha vivido la guerra, a mi parecer, no puede hablar de guerra. Hoy nos llenamos la boca con el discurso sobre la guerra; la guerra ahora se hace con las bombas de hidrógeno, y por tanto tengamos cuidado: hay niveles de conflictividad que no son niveles de guerra; y cuando las guerras existen se limitan a ser guerras policiales, en las que se frenan al máximo los medios de destrucción, y a pesar de eso hay millones de personas que mueren, que huyen, pero todavía no se trata de guerra. Se trata de grandes operaciones de policía, más que de operaciones de guerra. La guerra se hace algo más o menos inconcebible y todavía no ha revelado todo su potencial de destrucción. De todos modos, para volver al discurso sobre la crisis del capitalismo, este es un discurso que vale también para la exclusión, tratando de no hacer analogías con las previsiones catastrofistas, especialmente con las del siglo XIX, porque el tipo de clase obrera, de fuerza-trabajo, de ciudadanía que hoy existe no es la de los primeros tiempos del capitalismo. En la misma exclusión, en las mismas masas que pueden excluirse, hay una extrema potencia de fondo. Nunca hay que

olvidar que, cada vez que el capital ha tratado de atacar frontalmente a las clases obreras, a los trabajadores, la resistencia ha sido muy fuerte; este es un elemento absolutamente característico, y es especialmente así en la fase en que vivimos. España, por cierto, lo demuestra muy claramente: ha habido un ataque feroz, muy fuerte, y ha estallado en la Puerta del Sol, se ha reconfigurado el sistema político; y en términos tan profundos como ha sucedido en España, seguirá ocurriendo no solo en España, sino, en general, en toda Europa. Es eso un hecho de extrema importancia, en España como en otros lugares.

Debemos pensar siempre que el poder no es un bloque, sino siempre una relación; ya las resistencias son hoy infinitamente más altas que en cualquier otra ocasión. La clase obrera, incluso en la cima de su potencia, no consiguió evitar dos guerras mundiales. Hoy existen resistencias que son muy profundas y fuertes. También nuestra reacción a lo que ha sucedido en París está vinculada a esta especie de dignidad intocable que las poblaciones empiezan a tener. Es una emoción que se ha difundido en las redes sociales de manera absolutamente increíble; la tragedia se ha vivido desde dentro, las reacciones tienen una naturaleza microcelular. Estos son los elementos que hay que observar para salir de una visión vieja, que ciertamente no es la de Saskia Sassen, porque la suya está unida a un profundo análisis de toda una serie de microfenómenos (*grandi nicchie*) del sistema mundial. El gran problema es el de mirar en el corazón de las naciones, de los espacios y ver allí lo que está sucediendo. Algo en que tenemos que poner mucho cuidado, por ejemplo, es el fenómeno, muy ambiguo utilizado de modo cruelmente idiota por el gobierno francés, en la reacción al acto de terrorismo contra *Charlie Hebdo*. Me refiero a lo que ocurrió luego, que revelaba la fuerza de la ciudadanía, la fuerza de las poblaciones; estas son las fuerzas de las multitudes, que llevan a un proceso de recualificación del horizonte político. En la manifestación en que estaban presentes Netanyahu, Erdogan, etc., hemos asistido a una terrible farsa –aunque hay que admitir que quizás la situación se les ha escapado de las manos también a ellos– si pensamos en lo que Netanyahu dijo, después de la manifestación, es decir, que los terrorismos son todos iguales. No es cierto que los terrorismos son todos iguales, hay situaciones de desesperación todas ellas muy similares, pero el tipo de reacción, el tipo de política, es distinto. Hay que tener cuidado en no minimizar nada.

*Podemos*, en España, como movimiento transversal que reivindica la importancia de las voces desde abajo –como Syriza en Grecia– se constituye como partido y se propone con una ambición fuerte y decidida. ¿Piensas que ha conseguido dar un impulso efectivo a la multitud en España?

He seguido este proceso con máximo interés porque, en efecto, el problema de convertir en verticales los movimientos que son fundamentalmente horizontales, este intento de darles verticalidad, es el problema que me he planteado durante

cicuenta años. Es un problema que nace después de 1968: qué quiere decir dar una verticalidad a estos movimientos que no sea una verticalidad burocrática. El leninismo, como en general el maquiavelismo, es, en realidad, la pregunta sobre cómo articular horizontalidad y verticalidad. El leninismo lo hizo sobreponiendo un liderazgo, una vanguardia intelectual, profundamente embebida de la necesidad del desarrollo, a una masa muy indiferenciada del pueblo trabajador. Hoy creo que el problema se sitúa en aquel nivel en que las jornadas del mayo 2011 lo pusieron, es decir en el nivel de una masa multitudinaria, es decir de singularidad(es), respecto a la cual el problema de la verticalidad se plantea, pero se plantea dentro de una distancia mucho menor que aquella que se planteaba en las viejas organizaciones políticas. La multitud de la Puerta del Sol es una multitud inteligente –aunque puede tener aspectos de muchedumbre indiferenciada– con unas capacidades de reacción y reflexión muy altas. ¿Por qué es interesante Podemos? Porque ha planteado el problema y lo ha planteado en términos maduros. Cuál ha sido la solución dada al problema, eso es para mí muy difícil llegar a comprenderlo.

He sido intérprete de demandas de mayor cercanía de la sociedad, del partido, a las que eran las diferentes instancias de movimiento. He participado en la discusión sobre la que es, a mi parecer, una necesidad fundamental, surgida con el tiempo en términos todavía más evidentes. Si al principio se trataba de algo que era una crisis de la relación entre movimiento y partido que triunfaba hasta convertirse en elemento de gobierno, rápidamente, con una prosopopeya al fin y al cabo algo cómica, el problema se ha vuelto más oscuro, porque en este momento de reflujo, por ejemplo, si se hubiera prestado mayor atención a las que eran las posiciones de la población catalana probablemente se habría actuado de modo diferente. De todos modos no puedo entrar en este problema, porque es un problema de lucha política en que quien está en ella, está, y quien no está en ella, no está. Yo no soy parte de ella, no estoy en ella, por lo tanto no puedo hacer mayores elaboraciones.

El problema es otro, porque este es un experimento del futuro y las nuevas fuerzas políticas deberán plantearse este tipo de problema; ya no es a través de los *mass media*, los grandes instrumentos de mediación cultural, financieros, a través de la dictadura del dinero como se conseguirá construir una posdemocracia. A mi modo de ver, esta posdemocracia es necesaria porque los sistemas representativos, tal como los conocemos, ya no funcionan, y no se trata de caer en la ilusión de restaurarlos, no se restaura nada. La historia, nos permite afirmar que no hay nada que pueda pervivir, que sea simplemente restaurado.

Cuando en Italia se dice que hay que restaurar la Constitución de 1948 que era tan bonita –yo la he apreciado siempre mucho–, me da risa, porque correspondía a unas condiciones materiales que son completamente diferentes de las actuales. Hoy en día también en España, como en los Estados Unidos de América, hay una necesidad absoluta de conseguir comprender estos procesos como procesos abiertos. ¿Qué hay que imponerles? La fuerza de mandar en el sistema económico, la fuerza de redefinir la moneda, el valor de la moneda. Este es el

problema político de hoy en día: redefinir el valor de la moneda, que es la medida de las relaciones sociales; este es el problema y hay que hacerlo desde dentro. Esta es una de las razones por las que no podemos abandonar a Europa: se trata de un espacio donde la medida vale como elemento de comparación a nivel mundial. La moneda española, la moneda italiana no cuentan nada si no se introducen en un espacio imperial.

Podemos es un experimento de máxima importancia, con todos los errores que se le pueden atribuir, teniendo en cuenta –o no– las enormes presiones que ha sufrido. Está fuera de discusión que es un experimento de extraordinaria importancia. Podemos y Syriza están unidos por un hilo represivo, más que constructivo, por parte de la banca, del FMI, debido a su colocación en cuanto son partidos, en principio, minoritarios. Syriza se encuentra en una situación en la cual los movimientos ya tienen poca incidencia; hay cierto cansancio y un modo de consumarse los tiempos de la lucha. Por tanto, la única posibilidad, tanto para Syriza como para Podemos, consiste en la formación de una gran coalición, y en la reconversión de la *Linke* europea desde posiciones ambiguas hacia posiciones decididamente europeas. Desde este punto de vista, la gran dificultad sigue presente –como decía antes cuando me refería a la guerra en Ucrania– en realidad es la guerra de la derecha europea contra la misma Europa. Se trata de una guerra en curso, todavía situada bajo el nivel de visibilidad, pero la situación es todavía terriblemente opaca; en cuanto se calme la situación en el Medio Oriente volverá a ser central.

Con la emergencia de Podemos en España ha habido cierto debate (en realidad, esencialmente bajo forma de acusación) acerca del concepto de *populismo*, cuyo referente más inmediato –especialmente tomando en cuenta la sólida formación académica de los líderes de la formación– es Ernesto Laclau. ¿Que piensas del recurso a la construcción del «pueblo» como unidad orgánica –de un «nosotros» frente a «ellos»– en tanto modo de entender la hegemonía y la construcción de la acción política?

La hipótesis Laclau es una hipótesis muy equívoca. Laclau en la práctica dice que hay un vértice base y luego existen la derecha y la izquierda y, en este sistema de abscisas, hay que conseguir establecer un equilibrio. Este equilibrio, Laclau lo ve fundamentalmente de manera peronista –este ha sido su contexto–, que le lleva a hacer unas proyecciones completamente indebidas para lo que ha sido el Partido Comunista Italiano, por ejemplo. Su punto de referencia es el eurocomunismo de los años ochenta. Lo que sucede es que, cuando nos hallamos en estas situaciones y queremos mantener la misma distancia respecto al vértice y respecto a la base, de la casta y del pueblo, de un lado y del otro, de la derecha y de la izquierda, se acaba en el centro; y todo esfuerzo para desplazar el eje llega a ser un esfuerzo que ya no corresponde a la situación organizativa en que nos

hallamos; podemos ser arrastrados por los movimientos hacia la derecha o hacia la izquierda. Kirschner ganó dentro del partido peronista en el momento en que una enorme masa obligada por la crisis en 2001, por la destrucción de la moneda, por la necesidad de construir el país, se desplaza hacia la izquierda. De otro modo, la dinámica del laclauismo es una dinámica que desplaza hacia el centro y no permite comprender las que son las grandes pulsiones. Es una dinámica puramente formal, y a veces, a mi parecer, incluso schmidiana.

Es el discurso que se ha hecho antes, cómo se organiza la multitud, cómo se puede imponer un eje vertical en una población que no es una población de analfabetos, sino una en la cual el contenido cultural y político ya es extremadamente alto, para la cual los criterios de igualdad social y de libertad civil ya son muy altos. Eso significa que esta síntesis, este elemento de dirección, es un elemento que no puede seguir los conceptos de representación, que son los que dejan en una situación de dependencia de quien representa. Hay que establecer una relación que dudo pueda ser imperativa: yo te digo lo que debes hacer y punto final. Hay que hallar sistemas de decisión en que este tipo de representación, si se da la representación –y no simplemente delegación– funcione, y además se trata de volver a articular la intervención institucional en términos de contrapoderes y de control recíproco.

La división entre poder legislativo, ejecutivo y judicial ya es una broma. Se habla de crisis de la democracia, pero la democracia nunca ha sido así. Hay una crisis de la democracia constitucional fijada de modo preciso, según unos modelos anglosajones, pero sin la base de los modelos anglosajones, a partir de finales de la Segunda Guerra Mundial, en respuesta especialmente contra un sistema socialista, por tanto, como bloqueo del socialismo, bloqueo del socialismo verdadero, no del socialismo de la socialdemocracia. Es una forma unida a un contenido, que es el de bloqueo; y en cuanto forma unida a un contenido específico, delimita de modo radical los canales de formación del gobierno político. La crisis de la democracia es algo que ya conocíamos. Si la consideramos solo en términos de crítica al sistema representativo, ya lo sabíamos por Michels, Pareto, Max Weber, etc.; si la consideramos como crisis del sistema político en cuanto crisis de sus condiciones materiales, y desde la derecha y de la izquierda, todo eso ya se describió perfectamente en los años setenta.

En este sentido, ¿te parece oportuna, útil, necesaria, la apelación a la «transversalidad»?

Es como decir, a la vez, una idea justa y una idea equivocada. La idea justa es que la multitud es transversal, la idea justa es que existe este horizonte, este momento horizontal, que debe interpretarse como tal; la idea equivocada es que este horizonte ya no es un horizonte de clase. Si es un horizonte de clase, es un horizonte

de pobres, de endeudados. Mientras se consolida, justamente, este horizonte en que nos explotan a todos de modo más o menos igual, por otra parte existe, al contrario, este olvido, que es una característica de clase: nos olvidamos de que existen los explotadores, que hoy se llaman expropiadores del saber y de la cooperación social. Se trata de un tema fundamental porque el tema de la transversalidad se ha considerado a menudo más como oportunismo que como una epistemología refinada. Al final, eso del oportunismo, es algo muy banal, el que haya que llamar a los fascistas, dueños, y a los comunistas, a pesar de que fueran lo que son, explotados.

Traducción de Anna Giordano



Lenin en el palacio de Teferi Makonen. Harar. Etiopía. Foto NSD